

"La difunta y otras hierbas"

Comedia en 1 acto

PERSONAJES

RÉGULA... Gitana con poderes, de edad indefinida, no muy mayor

BLASA... Viuda anciana, malencarada

PELAGIA... Una niña, hija de RÉGULA

MINA... Criada de BLASA, joven poco más de 20 años

EVARISTO... Criado de BLASA, también joven

ANTONIO... Sobrino de BLASA, próximo a los 40 años

SUSANA... Esposa de Antonio, de su misma edad

CABO... Cabo de la guardia civil

La obra se ambienta en Asturias, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares, y en todo caso en un pueblo ganadero, en un caserío, o similar. La época, la España de postguerra.

ACTO ÚNICO

Salón de una casa adinerada. Algunos cuadros, algún mueble y un arcón (imprescindible), una mesa y sillas en el centro, una mecedora a un lado, también imprescindible. De inicio, en escena BLASA, dueña de la casa, malencarada, y vestida muy decentemente de negro. A su lado tiene su bastón, del que no se separa nunca y que usa a medias para apoyarse y como arma. Sentada con ella al otro lado de la mesa, RÉGULA, una gitana del pueblo con "supuestos" poderes mágicos. Están a punto de invocar a los espíritus, cogidas de las manos.

RÉGULA.- ¿Estáis ahí? Si estáis ahí haced una señal.

BLASA.- Aún no sé como me has liado para hacer esto.

RÉGULA.- ¡Chits! Concéntrese. Ya siento una presencia...

BLASA.- Será la criada, que está trasteando por la cocina.

RÉGULA.- ¡No lo tome a broma! Ya lo siento... Está a punto de llegar... *(En trance)*

Ahora... Ahora...

PELAGIA.- *(Entra por la puerta. Hija de RÉGULA, su vivo retrato)* ¡Mamá!

RÉGULA.- *(Que aún no se entera)* ¡Aquí está! Y llama a su madre... ¿Quién eres?

PELAGIA.- Soy yo, mamá.

BLASA.- Régula...

RÉGULA.- Ahora no, no podemos perder este alma en pena, que está buscando a su madre. Haznos una señal... ¿Qué buscas en esta casa?

PELAGIA.- Mamá. Que soy yo.

RÉGULA.- ¡Muéstrate! ¡Muéstrate! Hazme una señal.

PELAGIA.- *(Va decidida a RÉGULA y le da un puntapié)* ¿Estás ida, mamá?

RÉGULA.- *(Que por fin ve a su hija)* ¡Ay! ¿Qué demonios haces tu aquí?

PELAGIA.- Tengo hambre.

RÉGULA.- Pues come, Pelagia, y no molestes.

PELAGIA.- No puedo, mamá. Está el criado en el gallinero, y no puedo echarles mano a los huevos.

BLASA.- ¿Eh? ¡Régula! ¡A ver esa mocosa!

RÉGULA.- Está hablando de las gallinas, señora. *(A PELAGIA)* Si este gallinero está vigilado, vete a ver el del vecino.

BLASA.- Pelagia... ¿A quién se le ocurre ponerle ese nombre a la niña?

PELAGIA.- Es que nací un ocho de octubre, que es Santa Pelagia, y dice mi mamá que como era la mayor pecadora del mundo, que así he salido yo.

BLASA.- Sí, va a ser culpa del nombre.

RÉGULA.- El nacimiento predestina a las personas. Hale, Pelagia, arrea a ver si das con otro gallinero poco cuidado, que no hay nada en casa para cenar.

(PELAGIA se va)

BLASA.- Vaya forma de educar a la chiquilla.

RÉGULA.- Oiga, no la hay más educada en todo el pueblo. Después de arramplar lo que sea, siempre le mando que dé las gracias.

BLASA.- ¿Al que le roba?

RÉGULA.- No, gracias a Dios, porque no la hayan pillado.

BLASA.- Pues procura que el gallinero de esta casa no lo visite a menudo.

RÉGULA.- No se apure. Le tengo advertido que a la clientela no se le echa mano. ¿Seguimos con la invocación?

BLASA.- No, no, que ya veo qué espíritus vienen a tu llamada. Échame las cartas, anda, para que no hagas la visita en balde. **(RÉGULA saca las cartas y baraja, tomándose tiempo)** ¡Rediós! Las vas a marear. ¿Echas las cartas o no las echas?

RÉGULA.- (Con gran misterio) Corte. ¡Con esa no, con la mano izquierda!

BLASA.- La izquierda es la mano del diablo.

RÉGULA.- Para las cartas tiene que ser la izquierda. Así lo dicen los astros.

BLASA.- Tu haz caso de lo que te digan los astros esos, sí. Así te va todo. **(Corta)**

RÉGULA.- (Posa algunas cartas) Esa es la carta del amor.

BLASA.- ¿El as de bastos? Estamos arreglados si alguien te quiere a garrotazos. A mi la del amor me parece más bien el de oros.

RÉGULA.- El de oros es el dinero.

BLASA.- Pues eso, la del amor. ¿O piensas que yo quiero más a alguien que al dinero?

RÉGULA.- Usted tendría que ponerle velas a Santa Liduvina, patrona de los enfermos crónicos, porque lo suyo con el dinero parece enfermedad.

BLASA.- Parece mentira que una bruja como tu ande todo el día con santos en la boca.

RÉGULA.- Soy santera.

BLASA.- Déjalo, déjalo. ¿Qué dice esa carta?

RÉGULA.- Esta carta dice que tiene mucho amor.

BLASA.- Por lo que veo, esto es como la brisca, el as es el que más vale.

RÉGULA.- (Sigue echando cartas) ¡El diablo! **(Le pone los cuernos)**

BLASA.- ¿La sota de copas? ¿Dónde has aprendido a echar las cartas?

RÉGULA.- Esto no es nada bueno... El diablo sale al lado del dinero. ¡Alguien se lo quiere quitar!

BLASA.- Menuda vidente. Toda la familia, los bancos y los de hacienda.

RÉGULA.- Pero aquí veo que va a pasar pronto.

BLASA.- Pues si que... ¿Qué más ves?

RÉGULA.- Nada más. Son dos reales.

BLASA.- Mira, era verdad que me iban a quitar dinero bien pronto. **(Paga)** Aún no sé como te sigo llamando. Nunca me dices nada en condiciones.

RÉGULA.- (Se levanta) Las cartas nunca mienten. Y ahora me voy, que tengo que encender una vela en el altar de San Pompilio, para que espante el mal de ojo. Pero volveré. **(Se va, pero para de pronto en la puerta)** ¡Demonios! ¿Qué es esto?

BLASA.- Dos reales, lo que has pedido, ¿eh?

RÉGULA.- Acabo de tener una visión. No me lo creo ni yo. Fue como una sombra... ¡En esta casa va a pasar algo!

BLASA.- Ya, ya, como la última vez, ¿eh? Primero me dices que va a haber una desgracia por los malos espíritus, y luego me cobras diez duros por espantarlos, y total, ¿para qué? Si no pasó nada.

RÉGULA.- No pasó porque los espanté. Pero esto es diferente. Esto es de verdad.

BLASA.- Ah, ¿y lo otro no?

RÉGULA.- Esto... No me líe, señora. Algo va a pasar en esta casa muy gordo. Mejor le pongo dos velas a San Pompilio en vez de una, porque van a hacer falta. Ándese con tiento. **(Se va)**

BLASA.- Esta gitana cada día está peor. Pues si piensa que esta vez me va a sacar algo, como no me saque los colores... En fin, voy a poner los libros al día. **(Va hacia un mueble y abre el cajón con una llave que tiene enganchada en una pulsera. Saca un libro, un tintero y una pluma y algunos papeles, y los revisa en la mesa)** ¿Será posible? ¡Mina! ¡Mina...!

MINA.- (Entra en la sala, con cara de susto. Es una chica de poco más de veinte años) Se... Señora...

BLASA.- (Le enseña una nota) ¿Qué es esto?

MINA.- ¿Un papel...?

BLASA.- Un papel... A ver, explícame ahora mismo de dónde salen estos trece duros.

MINA.- ¿Trece duros? Si supiera de algún lugar de donde salieran trece duros, estaría la

primera a cogerlos.

BLASA.- No te burles, Mina. ¿De qué son estos trece duros que se deben en la tienda?

MINA.- Digo yo que de la compra del martes pasado.

BLASA.- ¿Sesenta y cinco pesetas?

MINA.- No, no, tanto no, me parece que fueron trece duros nada más.

BLASA.- Pensarás que me he caído de un guindo, ¿eh? Trajiste un poco de azúcar, un poco de aceite y poco más. ¿Me vas a decir que todo eso valió trece duros?

MINA.- Eso parece.

BLASA.- De eso nada. Con trece duros traía yo para todo el mes cuando iba a la tienda.

MINA.- Señora, los precios de antes de la guerra ya no valen. Todo sube.

BLASA.- Seguro que me has sisado. ¿Qué compraste para ti?

MINA.- Oiga, señora, eso ni se me habría ocurrido.

BLASA.- Lo que te había encargado no habría debido de subir más de seis duros. Estate bien segura que te voy a descontar del sueldo los otros ocho duros.

MINA.- Oiga, que yo no le he sisado... ¿Ocho? ¿Y encima quiere quitarme ocho? Son siete.

BLASA.- Lo otro son intereses. ¿O piensas tu que el banco da el dinero gratis? Ya lo sabes. Este mes, diez duros menos.

MINA.- ¡Dijo que ocho!

BLASA.- ¿Quieres ver como se vuelven doce? ¡Arrea!

MINA.- Como diga la señora. *(Se va murmurando)* ¡Mala bruja!

BLASA.- No murmures por lo bajo, que te oigo.

MINA.- Sí, señora... Así se le desencaje la cadera. *(Se va)*

BLASA.- Pensará esta que me la va dar a min. *(Anota en el libro)* Y por lo que veo aquí, ya le había descontado tres duros por estropearme una falda. Una falda que no tendría ni veinte años, y dice que estaba desgastada del uso... Pero si no la usaba más que de lunes a viernes. *(Sigue mirando)* ¿Eh? ¡Mina! ¡Mina...!

MINA.- *(Entra)* ¿Y ahora que tripa...? ¿Sí, señora?

BLASA.- Mándame a Evaristo para acá.

MINA.- Me parece que está en el establo.

BLASA.- ¡Ahora!

MINA.- Tengo leche hirviendo...

BLASA.- Pues vale más que te apures, porque como se te escape, la leche que se vierta te la descuento del sueldo.

MINA.- (*Mientras se va*) ¿No vendrá una peste o algo así...?

BLASA.- (*Posa el libro en la mesa con una nota encima, y se levanta con el bastón*)

Esto ya pasa de castaño oscuro... (*A la puerta*) ¿Es para hoy?

EVARISTO.- (*El chico para todo. También de unos ventipocos años. Viene corriendo. MINA se va a la cocina*) ¿Señora?

BLASA.- ¿Qué es esto? (*Dando con el bastón en el libro*)

EVARISTO.- A mi de primeras me parece un libro.

BLASA.- (*Le da un bastonazo*) No te burles, ¿eh?

EVARISTO.- Ay, si no me burlo.

BLASA.- Ahí, el papelito donde pone "pienso".

EVARISTO.- (*Mira la nota con atención*) Pues... Aquí donde pone pienso...
Pienso... (*Le da vueltas al papel*) ¿Esto es como lo que decía aquel, de
pienso, luego existo?

BLASA.- (*Le da con el bastón*) ¿Qué? ¿Qué dice ahí?

EVARISTO.- Señora, no sé leer. ¿No ve que no fui nunca a la escuela?

BLASA.- ¿Y no te da vergüenza?

EVARISTO.- ¿El no saber leer o el no haber ido a la escuela?

BLASA.- (*Otro bastonazo*) ¡No me contestes!

EVARISTO.- ¡Ay! En casa había que trabajar, y no había tiempo para libros. El único
que había estaba bajo la pata de la mesa, porque cojeaba un poco y...

BLASA.- No te preocupes. Te lo leo yo. Pienso: cuarenta y tres pesetas.

EVARISTO.- ¿Cuarenta y tres? Diablos, hay más dinero para las vacas en pienso que
para mi en soldada.

BLASA.- Explícame esto.

EVARISTO.- Pues que yo cobro solo cuarenta pesetas, y el pienso ha costado cuarenta
y tres.

BLASA.- (*Otro bastonazo*) ¡Explícame lo de esta nota!

EVARISTO.- ¿El qué?

BLASA.- ¿Cómo es que hubo que comprar más pienso?

EVARISTO.- Porque se acabó, y había que traer más. Algo hay que echarles a las
vacas.

BLASA.- Te tengo dicho que no se compra pienso más que a primeros, y con eso hay
que tirar todo el mes.

EVARISTO.- Es que era poco.

BLASA.- (*Le da un bastonazo*) Pues se lo tasas a las vacas. Estas cuarenta y tres

pesetas te las voy a descontar del sueldo, ya verás como la próxima vez alcanza el pienso para todo el mes.

EVARISTO.- Oiga, que solo gano cuarenta pesetas.

BLASA.- Quedarás a deberme tres pesetas. Te las descontaré el mes siguiente.

EVARISTO.- Descuénteselas a las vacas, que fueron ellas las que comieron el pienso. Yo ni lo caté.

BLASA.- Te las descuento a ti, que eres el que las ceba. Y si lo comes o no, eso yo no lo sé, después de ver la hierba que teníais plantada en el huerto. Hay que administrar el pienso para que alcance para todo el mes.

EVARISTO.- Yo con administrar mi sueldo ya voy que chuto.

BLASA.- No te apures. El mes que viene, como no vas a tener soldada, no vas a tener dinero que administrar, y así igual te dura el pienso. Voy a buscar un par de notas que me han quedado arriba. Avisa a la arpía esa de la cocina que recoja la mesa, y que me vaya trayendo la leche. *(Le da un bastonazo)* ¡Ahora! *(Sale hacia la casa)*

EVARISTO.- La madre que... ¡Qué fuerza tiene la condenada! ¡Mina!

MINA.- *(Entra)* Se... señora... Ah, no está la bruja.

EVARISTO.- Recoge la mesa, anda. Ay... Cómo me ha dejado la espalda esa desgraciada.

MINA.- Quéjate tu, que yo este mes voy a cobrar nada más que seis pesetas.

EVARISTO.- ¡Quién las viera! Aún vas a tener que darme a mi la mitad para que le pague a ella, porque este mes me descuenta más de lo que cobro.

MINA.- Me tiene hasta las narices. Cualquier día me voy.

EVARISTO.- También me iba yo, pero no podemos. ¿Quieres que le cuente a todo el mundo lo que hemos hecho? Nos tiene bien cogidos.

MINA.- Es que solo a un idiota como tu se le ocurre hacerle caso a Cosme y plantar esas plantas en el huerto.

EVARISTO.- Me engañó. Cuando llegó de trabajar de Holanda, me dijo que esa planta era la que más se cultivaba por allá, y que íbamos a ganar dinero con ella. ¿Como iba a saber yo que era para fumar? No parece picadura.

MINA.- ¿No veías que no daba más que hoja?

EVARISTO.- Sí, pero era una hoja tan bonita... Pensé que era para adorno. Además, como tenía nombre de mujer.

MINA.- ¿De mujer?

EVARISTO.- Claro, se llamaba Mari Juana. ¿Quién pensaría que una planta con ese

nombre iba a ser mala? Yo tengo una prima que se llama así, y es una bendita.

MINA.- Pues ya ves, aún le quedan tres años a Cosme en la cárcel porque lo pillaron vendiéndola.

EVARISTO.- Por lo menos no nos acusó, que podríamos estar nosotros también allá. Lo que me gustaría saber es como leches la bruja del ama se dio cuenta de que esas plantas estaban plantadas en el huerto. Si no lo pisa casi nunca.

MINA.- Y la tonta de mi, que encima iba a regarlas todos los días... Con lo orgullosa que estaba de lo que crecían.

EVARISTO.- Si lego a saber lo que era, no te meto en el asunto, pero como me dijo que íbamos a ganar dinero a espuestas...

MINA.- Ya sé que lo hiciste por amistad, pero vaya como nos ha salido el tema. El caso es que no aguanto más esto. Esta no es manera de vivir.

EVARISTO.- Quedar ya no queda ninguna planta en el huerto, pero estoy seguro de que tiene guardadas unas cuantas hojas en un paquete. Si diéramos con ellas...

MINA.- Si esta mujer lo tiene todo bajo llave. ¿Pues no tiene puesto un candado en la carbonera, que cada vez que hay que ir a por carbón, tiene que ir a abrirme ella? Estoy aburrida.

EVARISTO.- No te quejes, que a ti por lo menos no te pega.

BLASA.- *(Entra fuera de sí y con una nota en la mano)* ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

EVARISTO.- Voy al establo.

MINA.- Y yo a la cocina.

BLASA.- ¡Quietos ahí!

EVARISTO.- Ay, que me vuelve a dar.

MINA.- No te apures, que me pongo yo delante, que a mi no me da.

BLASA.- Aquí dice que las manzanas solo se vendieron por diez reales.

MINA.- ¡Ah! ¡De las manzanas se ha encargado Evaristo! *(Se pone tras él)*

EVARISTO.- Para defenderme así, mejor lo dejas, ¿eh? Señora, eso fue lo que pagaron, sí.

BLASA.- ¿Diez reales? Esas manzanas valen por lo menos seis duros.

EVARISTO.- Señora, que eso no lo valen ni las botellas de sidra que se van sacar de ellas. Eran cuatro sacos, y había más hoja que manzana.

BLASA.- *(A bastonazos con él)* ¡No me repliques! ¡Desgraciado! Estás compinchado con el lagarero. Pues esos seis duros los vas a pagar tu. ¡Y con intereses! Tu

próxima soldada la vas a ver en semana santa.

EVARISTO.- ¡Pero si estamos en verano!

BLASA.- ¡Desgraciados! Os tengo aquí recogidos, cuando donde debíais estar es en la cárcel, ¿y así me lo agradecéis? Si solo fuera llamar al cabo...

EVARISTO.- No, señora, al cabo no.

BLASA.- Abusáis del buen corazón que tengo. Pero si tengo que darle el paquetito ese que guardo al cabo... ¡Hale! A trabajar. *(Vuelve a guardar el libro en el cajón, y lo cierra con llave. Se va)*

EVARISTO.- *(Se sienta derrotado)* Esto no es vida, Mina. Tengo que ayudar en casa, y si ahora no cobro...

MINA.- Anda, si puedo ya te daré algo de lo mío.

EVARISTO.- Eso si no te quita la soldada a ti también. A veces prefiero más ir a la cárcel.

MINA.- No, a la cárcel no, pero esto se terminó. Vamos a acabar con el sufrimiento hoy mismo.

EVARISTO.- Esta vieja como no estire la pata, no nos deja ni a sol ni a sombra. Estoy desesperado.

MINA.- Esa es la solución.

EVARISTO.- ¿Desesperarse?

MINA.- No, tonto, que estire la pata.

EVARISTO.- Sí, claro. Esta nos entierra a todos. Ya lo verás. Y a mi el primero. Cómo me ha dejado la espalda...

MINA.- No te preocupes. Mira. *(Le enseña un frasco)*

EVARISTO.- ¿Qué es eso?

MINA.- Esto va a hacer que no te vuelva a doler la espalda nunca más.

EVARISTO.- Pues trae para acá, que lo bebo entero. *(Coge el frasco e intenta beber, pero ella lo detiene)*

MINA.- ¿Qué haces, idiota? Esto es arsénico.

EVARISTO.- ¿No dices que es para que no me duela la espalda?

MINA.- ¡Qué animal eres! Esto es para que la bruja no te vuelva a pegar en la espalda, Evaristo. Es veneno. Y tengo entendido que es rápido y no deja huella.

EVARISTO.- No estaría mal que alguien se lo diera a la bruja.

MINA.- Evaristo, esto es para dárselo a la vieja. ¿Para qué va ser? Esta bruja no pasa de hoy.

EVARISTO.- Mina, que estamos pasando todo esto para no ir a la cárcel. Si la

envenenamos, acabamos allí seguro, y ya puestos, prefiero ir por plantar hierba.

MINA.- No. Lo tengo todo bien pensado. Se lo voy a echar en la taza de leche que le voy a traer, que ya sabes que siempre que hiervo la leche, tengo que darle una taza. Esto hace efecto en poco tiempo. Mientras tanto, tu vas a ir a buscar al cabo de la guardia civil.

EVARISTO.- ¡Hala! Eso, tontainas, envenénala y llama al cabo. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? Si quieres, le digo que a mí me deje enchironado para que no tenga que dar más viajes.

MINA.- Calla, Evaristo. Escucha, le dices que tu y yo hemos bajado a la villa y que al volver hemos encontrado a la señora en el suelo, y las cosas de la casa revueltas, que seguro que ha entrado un ladrón.

EVARISTO.- Si no hemos bajado a la villa.

MINA.- Ya, pero tu dices que yo he bajado contigo y yo diré que tu has bajado conmigo. Así, nos cubrimos uno a otro. Mientras que vas a ver al cabo, voy a darle la leche con el veneno a la bruja, y a revolver esto un poco para que parezca que entraron a robar.

EVARISTO.- Yo no valgo para esto, Mina... Si a mí se me nota cuando digo mentiras. Me entra la risa floja...

MINA.- ¿Qué quieres? ¿Que esta sabandija siga martirizándonos?

EVARISTO.- No puedo, Mina. Yo...

BLASA.- *(Entra de nuevo)* ¿Qué hacéis aquí los dos? *(A bastonazos con EVARISTO)*
¡Os pago para trabajar, no para le deis a la sinhueso! ¡Al establo! ¡Al establo!

EVARISTO.- ¡Voy! ¡Voy! *(Antes de salir)* Mina, está decidido. Échale todo el frasco, que voy a avisar al...

MINA.- ¡Calla y arrea! *(EVARISTO se va)*

BLASA.- ¿A dónde dices que va ese?

MINA.- Esto... A hablar con el lagarero, a ver si hay manera de cobrar más por las manzanas.

BLASA.- Bien pensado, aunque se las tengo pensado descontar igual de la soldada, para que vaya espabilando para la próxima. ¿Y mi leche?

MINA.- Siéntese señora, que ahora mismo se la traigo. *(Sale)*

BLASA.- Estos dos... Me cuestan más dinero de lo que me producen. Menos mal que los tengo bien agarrados. Estos van a trabajar para mí hasta que las vacas

vuelen. ¿Viene esa leche?

MINA.- *(Entra con una bandeja con una taza de leche. Se detiene en la puerta)* Y ahora, el azúcar. *(Echa en la leche un buen chorro del frasco)* Mejor que sobre a que falte. *(Duda, y escupe en la leche)* Y esto de regalo.

BLASA.- ¿Qué? ¿Tomaré la leche hoy, o esperamos a que se haga manteca?

MINA.- Tenga, señora. Tómela ahora, que está calentita, recién hervida.

BLASA.- Arrea a la cocina, que algo habrá que hacer.

MINA.- *(Se va lentamente con una sonrisa de oreja a oreja)* Esto ya no tiene vuelta atrás. ¡Se acabaron los problemas! *(Pican a la puerta y queda parada de pronto)*

BLASA.- Mina...

MINA.- ¿Eh?

BLASA.- Están picando.

MINA.- No, señora, no he oído nada. *(Vuelven a picar)*

BLASA.- Mina...

MINA.- Mierda. *(Abre. Son SUSANA y ANTONIO, sobrino de BLASA y su mujer, cerca de los cuarenta.)* La señora no está.

BLASA.- ¿Quién es, Mina?

SUSANA.- ¿No está? Quita, niña, que traemos asuntos importantes. *(Entran)*

BLASA.- Vaya, mira quien aparece. El garbanzo negro de la familia y la lenteja, su mujer.

ANTONIO.- Tía, no empiece...

BLASA.- ¿Qué tripa se os ha roto? Ahora estoy ocupada.

SUSANA.- ¿En qué?

BLASA.- Estoy tomando leche. ¿No lo ves?

MINA.- *(Se la intenta quitar)* Casi mejor espera la señora a que marchen estos dos para tomarla.

BLASA.- *(Le da un manotazo)* ¡Vete a la cocina! Que esperen ellos. Esta leche la tomo ahora, como siempre, y si no están contentos, que se larguen.

MINA.- ¿Y si se la llevo para calentarla otro poquito?

BLASA.- *(Levanta el bastón)* ¡Arrea!

MINA.- *(Se va yendo)* Ay, que no la beba aún, que no la beba... *(Sale)*

BLASA.- *(Mientras dura la conversación con los sobrinos irá bebiendo la leche)* ¿Y vosotros dos qué diablos hacéis aquí?

ANTONIO.- Venimos a visitarla, tía. Siéntate, Susana. *(Se sientan)*

BLASA.- ¿Quién os ha mandado sentaros? *(Se levantan)* Venga, largar lo que os haya traído hasta aquí, y a ventilarse a la calle.

ANTONIO.- Esta Blasa... Está siempre de comedia. *(Ríe)*

BLASA.- ¿Te parece que tengo cara de estar de comedia?

ANTONIO.- *(También serio)* No, no.

SUSANA.- Déjame a mi. Señora, nos acabamos de enterar que nos va a echar de nuestra casa.

BLASA.- Pues el que haya dicho eso ha dicho una mentira muy gorda.

ANTONIO.- Buf, que alivio. ¿Ves, Susana? Ya sabía yo que la tía no podía hacer eso. Con lo buena que es para nosotros.

BLASA.- No os echo de vuestra casa, os echo de "mi" casa, pues si mal no recuerdo, la casa donde vivís es mía.

SUSANA.- ¿Ves lo buena que es para nosotros? Oiga, y si nos echa, ¿a dónde quiere que vayamos?

BLASA.- Ese no es asunto mío.

ANTONIO.- Tía, que las cosas están muy achuchadas como para ponerse a comprar una casa. Ahora no entra mucho dinero en casa, y...

BLASA.- Si esa manirrota que tienes por esposa lo supiera administrar...

SUSANA.- Oiga, lo estiro lo que puedo, pero el dinero no es de goma.

BLASA.- Tengo una buena oferta por la casa para venderla, y no la voy a desaprovechar.

ANTONIO.- Si usted siempre me había dicho que esa casa iba a ser mi herencia.

BLASA.- He cambiado de idea. Ese dinero está mejor en mi bolsillo. Tu seguro que lo ibas a malgastar. Y si no, ya te lo comería esa sabandija con la que te has casado.

SUSANA.- Mire, señora. Este imbécil callará, pero yo no. Si no se vuelve atrás con lo de echarnos de casa, soy capaz de hacer una locura.

BLASA.- Haces muchas a lo largo del día.

SUSANA.- ¿Eh? ¿A quién llama loca?

BLASA.- No es de extrañar. Hija de Pancracio y nieta de Rufa, algo tenía que estar mal en la cabeza.

SUSANA.- *(Se tira a ella y la coge del cuello. ANTONIO la intenta frenar, pero no puede)* ¡La mato! ¡La mato! Esta bruja no me menta la familia así... *(De pronto a BLASA le da un espasmo y cae al suelo. SUSANA la suelta asustada)*

- ANTONIO.-** ¡Qué bestia eres, Susana! Hale, tía, levántese, que no ha sido nada. Tía...
¡Tía!
- SUSANA.-** Ay, ay, que se me fue la mano...
- ANTONIO.-** Susana, que me parece... Que está muerta... ¡La has matado!
- SUSANA.-** Me ha sacado de quicio. Ya sabes que con lo de mi abuela me altero mucho.
Si estuvo en el manicomio fue por nervios.
- ANTONIO.-** Andaba paciando con las vacas.
- SUSANA.-** ¡Tendría hambre! Ay, ay, Antonio, ¿qué vamos a hacer?
- ANTONIO.-** Vamos a calmarnos. Hay que arreglar esto.
- SUSANA.-** ¿Arreglar el qué? Habrá que llamar a la guardia civil. **(Llora)** Ay, Antonio,
que me van a meter en la cárcel.
- ANTONIO.-** Calla, calla. No hay que ponerse nerviosos. Nadie te ha visto. Vamos a
ponerla en la silla otra vez, y nos vamos, como si no hubiera pasado nada.
- SUSANA.-** ¿Qué dices, Antonio?
- ANTONIO.-** Cuernos, Susana. Tiene ochenta años, mucho ya no le faltaba para estirar
la pata. Que parezca que se ha muerto ahí sentada.
- SUSANA.-** La criada nos ha visto.
- ANTONIO.-** Nos ha visto, pero no nos ha visto matarla, y está en la cocina. Ayúdame,
y haz como yo. **(La sientan de nuevo en la silla. A voces)** Pues sí, tía.
Veníamos a hacerle una visita. Va tanto tiempo... Venga, Susana, habla con
ella.
- SUSANA.-** Antonio...
- ANTONIO.-** Vaya si ha cambiado el tiempo... Y usted a ver si se cuida, que tiene mala
cara. **(Acaban de sentarla).** Bueno, tía, nosotros ya nos vamos, ¿eh? **(Aún
más alto)** Sí, nos vamos. Acabe la leche antes de que se enfríe. Sí, sí, otro
día ya venimos. Hale, Adiós. Venga, vámonos. ¿Ves? Así la criada piensa
que queda aquí tan guapa. **(Se disponen a salir)** ¡Mierda! Oye, Régula viene
para acá.
- SUSANA.-** ¿Régula? **(Pone los cuernos)** Lo que nos faltaba.
- ANTONIO.-** ¡Rápido! Tapa como puedas a la tía, que voy a ver si la echo.
- SUSANA.-** ¿Con qué la tapo?
- ANTONIO.-** ¡Con lo que sea! Cuidado, que ya está aquí.
- RÉGULA.-** **(Entra sin llamar)** Doña Blasa. Traigo aquí un amuleto.
- ANTONIO.-** **(La detiene en la puerta mientras que SUSANA se pone delante de
BLASA)** ¡La señora no está! Ahueca, Régula.

RÉGULA.- *(Con mucho misterio)* Hoy las estrellas no están con esta casa.

ANTONIO.- Las estrellas las vas a ver de verdad como no te largues.

RÉGULA.- Hay algo en el aire.

SUSANA.- No me extraña que huela. Estoy que me voy por las piernas.

ANTONIO.- Régula, Blasa no está. Ya volverás en otro momento.

RÉGULA.- *(Le coge la cara)* ¡Tu! ¡Tu!

ANTONIO.- *(Asustado)* ¿Yo, qué?

RÉGULA.- Veo algo en esos ojos.

SUSANA.- ¿A que te ha salido un orzuelo?

RÉGULA.- Veo... ¡Miedo!

ANTONIO.- Tengamos la fiesta en paz, ¿eh? Larga, y vuelve más tarde, que tenemos mucho que hacer.

RÉGULA.- Dale esto a la señora. *(Le da una pata de conejo)*

ANTONIO.- ¿Para caldo?

RÉGULA.- Es un amuleto muy poderoso, que la va a proteger de todo mal. Y que le ponga una vela a San Baraquicio, que murió con azufre ardiente en la boca, para que la libre de una desgracia.

SUSANA.- A buena hora.

ANTONIO.- No te preocupes que se lo doy, y ya le encendemos una vela a quien haga falta. Y ahora, lárgate.

RÉGULA.- Volveré. *(Se va)* Volveré...

ANTONIO.- *(Hace cruces)* Esta gitana me pone de los nervios. *(Tira la pata de conejo en la mesa)* Venga, vámonos, que en cualquier momento va a venir la criada. Adiós, tía, nos vamos.

SUSANA.- Si es verdad que esa pata trae buena suerte, casi mejor la cojo yo.

ANTONIO.- Vamos. *(Se disponen a salir)* ¡Coño! Ahora el cabo y Evaristo. Esto parece la calle Uría. *(N.A. Calle principal de Oviedo)* ¿Pero quién narices ha avisado al cabo?

SUSANA.- Dios, ya he caído. ¡No me dejes ir a la cárcel, Antonio! ¡Que mi padre tardó diez años en salir de allá!

ANTONIO.- ¿Diez? ¿No me habías dicho que había estado un par de meses?

SUSANA.- ¿Eh? Yo era muy pequeña, no distinguía bien entre meses y años. ¡Ay! ¿Qué hacemos, Antonio?

ANTONIO.- Busca una manta... y tápala en la mecedora. Como que está dormiendo.

SUSANA.- Antonio...

ANTONIO.- ¡Venga! Rediós, que sofocón. Alguien debería de inventar una enfermedad para estos apurones. *(La cambian a la mecedora. SUSANA saca una manta del arcón y la tapa. Nada más acabar entran EVARISTO y el CABO, un señor ya entrado en años. Mientras haya gente en escena, ANTONIO y SUSANA se pondrán constantemente delante de BLASA)*

EVARISTO.- Mire, señor cabo, todo tirado por el suelo... ¡Qué desastre!

CABO.- Mucho desorden no veo.

EVARISTO.- Pero... ¿Qué hacéis aquí vosotros?

ANTONIO.- ¡Chist! Que la tía está dormiendo.

CABO.- Evaristo, a ver. ¿Dónde está el robo? Y Doña Blasa no parece que esté muy mal. Está echando la siesta.

EVARISTO.- Pero Mina me había dicho... ¡Mina! ¡Mina!

MINA.- *(Sale corriendo)* Evaristo, no vayas a buscar al cabo que... *(Lo ve)* Bue... buenos días.

CABO.- A ver, Evaristo acaba de decirme que llegasteis de la villa y que...

MINA.- ¿De la villa? Si llevamos todo el día en casa.

EVARISTO.- Oye, tu a mi me habías dicho...

MINA.- Este Evaristo es un comediante... Estábamos aquí tan tranquilos, y de pronto me dice: ¿A que voy y le gasto una broma al cabo? Y yo que no, y él que sí... Y que si no te atreves...

CABO.- ¿Una broma? Evaristo, ¿a ti te parece que estoy aquí para que me gasten bromas?

EVARISTO.- Ha sido Mina que...

CABO.- Por esta vez lo voy a dejar pasar, pero como me vuelvas a tomar el pelo, vas a pasar una noche en chirona, para que se te quiten las ganas de comedia, ¿entendido?

EVARISTO.- Le juro por lo más sagrado...

CABO.- Me voy, que tengo cosas que hacer. Adiós, despedidme de la señora cuando despierte.

SUSANA.- Eso va a ser difícil.

CABO.- ¿Eh?

ANTONIO.- No, que va a ser difícil que se lo digamos porque nos vamos a ir y...

CABO.- Buenos días. *(Ve la pata de conejo)* ¿Y esto?

SUSANA.- Es de la tía. Una muleta.

ANTONIO.- ¡Un amuleto, bestia!

CABO.- Muy sospechoso... Muy sospechoso... *(Se va)*

EVARISTO.- ¡Mina! ¿No me habías dicho...?

MINA.- Calla, idiota, ¿no ves a esos ahí? Además, la bruja está en la mecedora, no ha debido de beberse la leche.

EVARISTO.- Entonces lleva la taza para la cocina... *(La coge)* Oye, esta taza o tiene un agujero o beber sí que la ha bebido.

MINA.- Bueno, está durmiendo, aún no ha debido hacerle efecto. Vamos a echar a estos dos para casa, y luego decimos que no se despertó de la siesta.

EVARISTO.- ¡Ay, qué mal va salir esto!

MINA.- En fin, como la señora está durmiendo, a mi me parece que lo mejor es dejarla descansar. Cuando quieran, vuelven otro día por aquí.

ANTONIO.- ¡No! No. Nos ha dicho que esperásemos aquí... A que despertara.

SUSANA.- ¿A que despertara? *(Llora)* Aaaay.

ANTONIO.- Es... muy sentida mi mujer.

MINA.- Ya mando a Evaristo a buscarlos cuando despierte. Es para no molestarla. A ver si va a despertar con el ruido...

SUSANA.- ¿A despertar? Aaaay.

ANTONIO.- Vosotros id a lo vuestro, y nosotros ya esperamos por aquí.

MINA.- Anda, Evaristo, ven conmigo a la cocina.

EVARISTO.- Tengo que atender el ganado.

MINA.- ¡Pasa, imbécil! Tenemos que hablar. *(Van a la cocina)*

SUSANA.- Ay, Antonio, ahora sí que no te entiendo. ¿Dices que nos vamos, y ahora que nos quedamos?

ANTONIO.- Susana, nos ha visto aquí el cabo de la guardia civil. Ahora es un poco más complicado. Tenemos que hacer algo para que parezca que no ha muerto ahora. Vamos a echarla en la cama, y que parezca que ha muerto por la noche.

SUSANA.- ¿Vamos a acarrearla otra vez? Esta mujer no se ha movido tanto en vida va lo menos cincuenta años.

ANTONIO.- Cógela por las piernas, y vamos a subirla para arriba. *(Salen a la casa)*

MINA.- *(Entra con EVARISTO)* ¿Está claro todo lo que hemos hablado?

EVARISTO.- No.

MINA.- ¿Cómo que no? ¿Qué es lo que no tienes claro?

EVARISTO.- ¿No dices que vamos a dejar a la bruja durmiendo en la mecedora?

MINA.- Sí. ¿Qué pasa entonces?